

CARRILLO EN QUIRIHUE

Por

Pierre CHILI



QUIRIHUE, Mayo...

"Mi querido ahijado: Cuando eras niño te llevé a la pila bautismal en mis brazos que, ya viejos, desean estrecharte antes de que me retoben dentro del cajón negro con destino a "rendir cuentas". Dispongo de algunos bienes y comodidades y quiero que disfrutes algo de tales, por lo que te invito a mi residencia en Quirihue, eligiendo, en lo posible para tu viaje, el 21 de mayo próximo, fecha en que echamos los trastos por la ventana. Hay un montón de buenasmozas que claman por conocerte y unos vinos que hacen bendecir a estas misericordiosas tierras que producen estos jugos. Puedes solicitar permiso a tus jefes de la Marina y venir el día que te indico y resignarte a pasar una temporada conmigo. El 21 tendremos un gran banquete en honor de nuestros héroes y de la Armada. Son graves mis dolencias y presiento que será la última ocasión de verte. Tu viejo padrino, Nicanor de la Jara".

El guardiamarina Carrillo leyó la carta y experimentó dos impresiones opuestas: filial dolor ante la amenaza de muerte de su venerable padrino y grato regocijo al pensar en las buenasmozas, en los pavos asados y en los sabrosos mostos del Ita-

ta. Tomó una hoja de papel sellado y a "Usía" respetuosamente expuso que: "deseando hacer uso de feriado legal de quince días, rogaba a Usía, si no tenía inconveniente, disponer que se le concediera el citado permiso con residencia en Quirihue, a partir desde el 21 de mayo".

Remitió su uniforme al "maestro sastre de a bordo"; compró una media docena de cuellos y le pidió prestado un chaleco blanco a uno de sus más elegantes compañeros. Días después se presentó, de espada al cinto, a su comandante, el inflexible Rompeacero.

El guardiamarina Carrillo pide su autorización, señor comandante, para ausentarse por quince días "en uso" de feriado que se le ha conferido con residencia en Quirihue. . .

Rompeacero lo abarcó con mirada severa desde el calzado a la gorra.

—Su conducta, señor guardiamarina, no es muy satisfactoria. ¿Cumplió su arresto por pernoctar sin permiso en tierra?

—Sí, señor comandante.

—Muy bien, señor guardiamarina. Puede hacer uso de su permiso; pero no

olvide usted que todos en el lugar de su residencia juzgarán a nuestra Armada según su comportamiento. Sea sobrio, culto y discreto.

—Perfectamente, señor comandante.

Rompeacero observó el retrato al óleo del capitán Prat en su cámara.

—Se dirige, señor guardiamarina, a Quirihue, al histórico pueblo de un heroico jefe de la Armada, modelo de austeridad y de caballeroso pundonor. No lo olvide... Evite el vino, los discursos y ciertos compromisos matrimoniales que no se avienen con su edad, con su grado y con la buena fe de un honorable oficial de Marina...

—Perfectamente, señor comandante... Tendré muy presente sus recomendaciones...

—Puede retirarse, señor guardiamarina.

Dio una media vuelta militar y rápida y se retiró de la cámara del comandante, quien le dijo al capitán al quedar solos:

—¿Qué irá a pensar Quirihue de nuestra Marina?

El mismo 21 de mayo llegó Carrillito a Coelzmu, en donde lo aguardaba su padrino para continuar viaje. Se había difundido la noticia del arribo de un representante de la Armada en día tan memorable.

—¡Viva el 21 de mayo! ¡Viva la Marina! ¡Viva el representante!

Carrillito distribuía venias y sonrisas cual si fuera uno de los propios héroes que recién regresaba de caer ultimado en el "Huáscar".

—Es una pluma —observó una entusiasta al verlo jovencito, risueño, sin pelusilla en la cara y de flamante uniforme.

—¡Viva el representante de la Marina!

—Gracias... Gracias... —repitió jovial Carrillo, diciéndose a sí mismo: "¡Si me viera Rompeacero!".

Don Nicanor se extasiaba en él.

—¡Qué "peine"! —exclamaba acariciándose las barbas blancas y a todos les decía jubiloso: ¡Es mi ahijado! ¿Qué les parece el chiquillo?

Al llegar a Quirihue le señaló el aposento que le tenía dispuesto.

—Ahí tienes la cama, hijo. Hace años que se alojó en ella un obispo y nadie la ha vuelto a ocupar, reservándola para las grandes ocasiones. Ambiente de santidad todavía conserva.

—Me remuerde la conciencia, mi querido padrino. ¡Ocupar el mismo lecho y la misma posición horizontal de un sueño santo!

Se rió don Nicanor.

—¡Envidio tu juventud y tus pecados más mortales, hijo! Conviene que te acicales para asistir al banquete, pues hay unas linduras que habrán de encandilarte. Héroes, buenos vinos y buenas mozas producen estas tierras.

¡Encantador el pueblo! ¿Quiénes serían un par de preciosas muchachas que desde lejos lo habían saludado? ¿Asistirían al banquete? No le interesaba. Se conduciría atento y sin comprometerse, y tal como convenía a su edad, grado y a la buena fe de un honorable oficial de Marina, según la recomendación de Rompeacero. Pero eran mandarunas las muchachas. ¡El hoyito que a una se le hacía en la cara al reírse! "Niditos de amor", llamaba a tales hoyuelos el Macho Quiroga. Pero no le importaba. "Culto, sobrio y discreto". No lo tentarían ni el amor ni el vino.

De su maleta extrajo el níveo chaleco prestado y provisto de pequeños botones dorados con anclitas en relieve. Elijió un cusillo recto y de puntas dobladas. La chaquetilla corta, en cuyas solapas aureolaban sendos escudos orlados de laureles, resaltaba la juvenil esbeltez de su cuerpo y la blancura del chaleco albo.

—La casa se llena de invitados y es hora de presentarte —le dijo don Nicanor al ir a buscarle.

Entró Carrillito al salón como alucinado, sin distinguir personas, sino bultos con ropajes. Murmullos de complacencia. El "representante" repartía saludos y amabilidades.

—Cuando Manuelito tenga la edad voy a colocarlo en la Escuela Naval —dijo una señorona al ver a Carrillito tan pulcro y educado.

Pasaron al comedor. Don Nicanor brindó:

—Voy a seguir, señores, un sistema muy recomendable: brindar antes. Tiene

este sistema la ventaja impagable de hallar al orador con su cerebro despejado, lo que no acontece por lo común al final de una comida bien rociada. Bebo, señores, por una alegría y un honor: por la alegría de tener en mi casa al niño que, no mayor de quince días, un cura lo bautizara en mis brazos, echándole agua en la nuquilla y sal en la boca. Cuando le echaron la sal no hizo ni el menor gesto; creo que le tiró la manga al cura, pidiéndole otro trago. . .

Todos se rieron y miraron a Carrillito que asentía risueño.

—Y bebo señores, por el honor de tener con nosotros a un representante de la Armada en este aniversario glorioso y que, gustándole la sal de su bautismo, quiso después tragarse entero el mar, haciéndose marino. . . Por nuestros héroes del 21 de mayo. . . Por la Armada de Chile.

Carrillo sintió ímpetus de contestar; pero lo contuvo la advertencia de Rompeacero: evitar discursos que, mal expresados, pudieran comprometer el prestigio de la Armada.

Don Nicanor lo sentó a su derecha como huésped de honor y junto a la Reina de la Primavera. Algo cohibido y abrumado por la responsabilidad de tener que representar a tantos héroes virtuosos y afamados, incluso a la Armada y al propio Rompeacero, permaneció silencioso. ¡Linda la reina! ¡Embromado Rompeacero!

La señora madre del súbito candidato a ingresar a la Escuela Naval, le manifestó a su vecino de asiento:

—Obsérvelo. Es la educación de los marinos. Tan cumplidos y correctos. A Manuelito "le vendrá" muy bien la Escuela Naval.

—Estás muy callado, hijo —le insinuó don Nicanor a Carrillo— ¿No estás contento?

—En la gloria, padrino. Es que me estoy "orientando" al principio.

No era aquello: era la austeridad que procuraba mantener al representar a la Marina, lo que le contenía, como a esos muñecos encerrados en una caja y cuyos resortes pugnan por hacer saltar la tapa que los oprime.

—En tu obsequio destaparé la última botella de un noble vino de cuarenta años que queda en la bodega —le dijo confidencial don Nicanor.

Un mozo recibió la orden sigilosa.

—Cuarenta años, hijo. Hay que beberlo de a poco para saborear el "bouquet" exquisito —le recomendaba don Nicanor a su ahijado al escanciarle con unción fervorosa.

La fría cortesía de los primeros momentos se disipaba al generalizarse la conversación. A Carrillito se le subía a la cabeza el noble cuarentón, lamentando que su padrino se lo prodigara con tantas reticencias y por sorbos.

—Cuarenta años. ¿Te gusta?

—Delicioso.

—De buen "gourmet" es beberlo de a poco.

Un calorcillo que sonrosaba y doraba a cuanto veía, lo dominaba. La reina, con voz que le parecía una serenata al resplandor de la luna, le conversaba, manifestándole su entusiasmo por la Marina. Le celebró los botoncitos dorados del chaleco.

—Parecen joyas con sus anclitas —observó la joven.

—Cuarenta años, hijo. Por sorbos, de a poco —le recomendaba su padrino.

El resorte que lo retenía como abrumado se estiraba más y más por dentro a influencias del generoso cuarentón que le cosquilleaba en la sangre y le ardoreaba la mente. Se puso de pie.

—¡Que hable! ¡Que hable el representante de la Marina! —exclamaron todos al verle.

La señorona le expresó a su vecino:

—Hablan muy bien los marinos. Los educan especialmente para decir discursos. ¿No ve usted que tienen que viajar y verse muchas veces obligados a hablar en público hasta en las mesas de los soberanos? Escuchemos.

Carrillito habló:

—No es un discurso, señores. Es un apoyo que busco en este ilustre auditorio. Don Nicanor y venerable padrino, me sirve por gotas un noble vino de cuarenta años, advirtiéndome a cada copa de muy

baja marea que así se toma: de a poco. Les pido a ustedes que intercedan ante mi querido padrino don Nicanor y le digan: "¡Menos años y más vino don Nical".

El lobezno asomaba las orejas. Atro-
naron las risas y todos corearon:

¡Menos años y más vino don Nical!

Rompeacero y los héroes que representaba se esfumaban de la imaginación de Carrillito. Al final del banquete se desprendió de un botón del chaleco de anclita en relieve y se lo obsequió a la reina como "un recuerdo perdurable".

No supo cómo se recogió al lecho del obispo. Una vaga idea en la cabeza adolorida.

Quince días son quince instantes cuando hay juventud, halago y fiesta corrida. Al abandonar Quirihue, don Nicanor, acariciándose apenado las blancas barbas y con sospechosa excusa de tener irritada la vista al llevarse una mano a los ojos, dijo:

—Como representante de la Armada y de los héroes, lo hizo harto mal, indudablemente. Pero como representante de la simpatía, lo hizo harto bien el muchacho. Me llegó al alma el rajadiablos. ¡Qué peinel!

A pesar de ser un día de sol quemante, llegó Carrillito envuelto en su capa al buque. Para su desgracia, Rompeacero se encontraba en cubierta y lo hizo llamar al verlo.

—El guardiamarina Carrillo se presenta de regreso de su feriado, señor coman-

dante —le dijo al presentársele con una cuadrada de germánico taconeó.

—Está bien, señor guardiamarina. ¿Y por qué anda de capa con este sol?

—Estoy resfriado, señor comandante.

—No se le conoce. Sáquese la capa, señor guardiamarina.

El muchacho vaciló; pero ante la imperativa mirada de Rompeacero, obedeció con lentitud y desgano.

—¡Le faltan botones a su chaqueta y chaleco, señor guardiamarina! ¿Así ha representado a la Armada en Quirihue? ¡Explíquese!

No tenía excusa aquello. Había que decir algo:

—Una mala broma que me hicieron en Quirihue, señor comandante. . . Me cortaron los botones unos amigos.

—Un correcto oficial debe seleccionar a sus amigos. ¡Arrestado, señor, por no andar de uniforme con la debida compostura! ¡Hemos terminado, señor guardiamarina!

Carrillito bajó alicaído a su cámara en donde se encontró con el Macho Quiroga.

—¿Qué tal Quirihue?

—¡Estupendo! Sin Rompeacero y sin arrestos, tragos, bailes, pavos y chiquillas. A cada nueva novia tuve que regalarle un botón de recuerdo. Si me quedo más tiempo, creo que habría tenido que recurrir a los botones de mis prendas interiores y más íntimas. . . ¡Bien valen quince días de feriado, estos quince días de arresto!

